



La Bestia

UNA HISTORIA SOBRE LA
BELLEZA DE UN PRÍNCIPE

Planetao
Junior

Planetao
Junior

La Bestia

UNA HISTORIA SOBRE LA
BELLEZA DE UN PRÍNCIPE

Planeta
Junior

Planetao
Junior

La Bestia

UNA HISTORIA SOBRE LA
BELLEZA DE UN PRÍNCIPE

Planeta
Junior

Planeta
Junior

© 2022 Disney Interprise, Inc.
Todos los derechos reservados

Derechos exclusivos en español para México
© 2014, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA JUNIOR M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, 2o. piso
Colonia Chapultepec Morales
C.P. 11570, México, D.F.
www.editorialplaneta.com.mx

Título original: *The Beast Within*
Título en español: *La Bestia*
Textos: Serena Valentino
Traducción: Lizbeth Zavala Mondragón

Primera edición (Colombia): septiembre de 2022
© 2022, Editorial Planeta Colombiana S. A.
Calle 73 N°. 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co

ISBN 13: 978-628-7572-10-2

ISBN 10: 628-7572-10-8

Impresión: xxxxx xxx xxx xxxxxxxx

Impreso en Colombia — *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Dedicado a mi más profundo amor, Shane Case

—Serena Valentino

Planeta
Junior

Planetao
Junior

LAS BRUJAS EN EL JARDÍN DE LAS ROSAS

La Bestia estaba en el jardín de rosas. El abrumador aroma de las flores nuevas lo hacía sentir un poco mareado. Su jardín parecía siempre tener vida propia, como si las espinosas y retorcidas enredaderas fueran a rodear su corazón y poner punto final a su ansiedad. Hubo momentos en que deseó que fuera así, pero ahora su mente estaba llena de imágenes de la hermosa joven que estaba en el castillo: Bella, tan valiente y noble. Ella tomó por voluntad propia el lugar de su padre como prisionero en los calabozos. ¿Qué tipo de mujer haría algo así? La Bestia se preguntaba si él mismo sería capaz de tal sacrificio. Se preguntaba si sería capaz de amar.

Desde el jardín contempló la imagen del castillo. Trató de recordar cómo se veía antes de la

maldición. Ahora era distinto: vivo y amenazante. Hasta parecía que con un fervor violento los chapiteles perforaban el cielo a propósito. Sólo se podía imaginar cómo se veía el lugar a la distancia. Era alto e imponente, yacía en la cima de la montaña más alta del reino y parecía que había sido cortado de la montaña misma: rodeado por un espeso y verde bosque, lleno de peligrosas criaturas salvajes.

Hasta que estuvo obligado a pasar su vida escondido dentro de esos desdichados muros y sus tierras, hizo cosas así, es decir, no sólo percibir de esa manera sus alrededores, sino verlos y *sentirlos*. Ahora contemplaba la luz de la luna, que arrojaba sombras siniestras en las estatuas que estaban a lo largo del camino que conducía del castillo al jardín: enormes criaturas con alas, más aterradoras que cualquier otra de aquellas viejas historias que, en su juventud, los tutores lo habían hecho estudiar. La Bestia no recordaba que estas esculturas ya estuvieran ahí antes de que el castillo y sus tierras fueran encantados. Hubo muchos cambios desde que las brujas arrojaron sus hechizos. Le parecía que las podas ornamentales, por ejemplo, le gruñían cuando merodeaba en el laberinto en noches como ésta, con la intención de distraerse de los problemas.

Desde hacía tiempo que ya se había acostumbrado a sentir las vigilantes miradas de las estatuas cuando él no las estaba viendo: la Bestia había notado sus suaves movimientos apenas con el rabillo del ojo. No podía escapar a la sensación de ser observado y es que casi siempre era así. Casi siempre. Y la entrada principal al castillo le parecía una enorme boca lista para devorarlo. Pasaba todo el tiempo que podía en el exterior. Sentía que el castillo era como una prisión y que aunque era tan grande lo encerraba, sentía que lo estaba asfixiando.

Antes, cuando todavía era —¡aún se atrevía a pensar en ello!— *humano*, pasaba mucho tiempo en las afueras del castillo, en sus bosques, acechando como deporte bestias salvajes. Pero cuando él mismo se convirtió en algo a ser cazado, salió de golpe y decidió quedarse afuera durante los primeros años, sin dejar el Ala Oeste, pero sí abandonando el castillo.

Quizá era por ello que ahora detestaba estar encerrado: ya una vez había pasado mucho tiempo encerrado por su propio miedo.

Al principio, cuando el castillo fue encantado, la Bestia pensó que su mente le jugaba una broma, que simplemente la idea del hechizo lo había vuelto loco. Pero ahora sabía que todo lo que lo rodeaba

estaba vivo, y temía que cualquier fechoría lo hiciera estallar y que sus enemigos lo hicieran sufrir aún más por todo el dolor que él había causado antes de convertirse en Bestia. La transformación física había sido sólo una parte de la maldición. Había mucho más y era mucho más aterrador de lo que pensaba.

Justo ahora lo que él quería era pensar en lo único que podía calmarlo aunque fuera poco. Él quería pensar en *ella*.

Bella.

Contempló en el lago, que se encontraba hacia la derecha del jardín: la luna creaba hermosos patrones plateados sobre el agua apacible. Además de sus pensamientos sobre Bella, sólo así, con estos paseos, lograba sentir tranquilidad desde que cayó la maldición. Pasaba largas horas ahí, siempre con mucho cuidado de no ver accidentalmente su propio reflejo, aunque a veces se sentía tentado a hacerlo. Estaba bien consciente de la repulsión que le daría.

Cuando la maldición comenzó a tener efecto, la Bestia estaba casi obsesionada con su reflejo; le gustaron aquellos primeros cambios, pequeños, en su aspecto; reflexionando en ellos, le pareció que las profundas líneas que se marcaron en su joven rostro lo hacían más imponente ante sus enemigos.

Pero ahora... ahora que la maldición había caído por completo no podía soportar ver su propio aspecto. Se ordenó romper cada espejo del castillo o arrojarlo al Ala Oeste. Sus terribles acciones se grabaron en su rostro y le quedó un hueco, un profundo sentimiento de desdicha en sus entrañas, y aquello lo enfermaba.

Pero, basta.

Él tenía a una hermosa mujer dentro de sus muros. Era una cautiva por voluntad propia, era alguien con quien hablar y sin embargo no se había atrevido a mostrarse ante ella.

Miedo.

Otra vez lo atrapó. ¿Su miedo lo mantendría en el exterior, el mismo que alguna vez lo mantuvo encerrado? ¿Miedo de entrar por las puertas y enfrentar a la chica? Era una mujer inteligente, ¿qué no tenía idea de que el destino de él estaba en manos de ella?

Las estatuas lo observaban, como siempre, cuando escuchó los taconeos de unos botincitos sobre los adoquines que se dirigían hacia él interrumpiendo sus cavilaciones...

¡Las peculiares hermanas! Lucinda, Ruby y Martha, trío de brujas idénticas con negros rizos, una piel de tal palidez que parecía un descolorido madero y unos labiecitos rojos como de muñeca,

estaban ahí, detrás de él en el jardín de rosas. Sus rostros relucían bajo la luz de la luna como fantasmas con muecas sarcásticas. Sus elegantes ropas brillaban como polvo de estrellas en la oscuridad del jardín y las plumas en su cabello hacían sus gestos de pajaracos todavía más grotescos. Parecían nerviosas; con frecuencia se sacudían haciendo muecas y ligeros movimientos retorcidos, como si estuvieran todo el tiempo en comunicación, incluso cuando no estaban hablando. Parecía que sopesaban a la Bestia, y él simplemente las dejaba. Permaneció en silencio, como siempre hacía cuando ellas iban, esperaba a que hablaran.

Las hermanas se aparecían cuando querían y siempre sin advertencia. No importaba que fuera su castillo y sus jardines. Hacía mucho tiempo que había dejado de insistir en que se aparecieran cuando él lo quisiera. Pronto se dio cuenta de que sus deseos no eran importantes para ellas.

Sus risas eran estridentes y parecía que se burlaban del diminuto brillo de esperanza que las brujas detectaron en el oscuro y solitario corazón de la Bestia. Lucinda fue la primera en hablar, como de costumbre. La Bestia no pudo evitar quedarse paralizado ante su rostro cuando ella le habló. La bruja era como una extraña muñeca viviente; y

con su piel de porcelana, sus ropas andrajosas y su monótona voz hizo la escena más macabra:

—Así que por fin capturaste para ti a una cosita muy bonita.

La Bestia no se molestó en preguntarse cómo sabrían que Bella estaba en el castillo. Tenía sus teorías sobre cómo siempre parecían saber todo sobre él, pero no le interesaba compartirlas con las hermanas.

—Nos sorprendes, Bestia —dijo Martha. Sus ojos eran pálidos, azules, acuosos y redondos como esferas.

—Sí, nos sorprendes —vociferó Ruby, con una enorme y escalofriante sonrisa que animó sus rojos y horripilantes labios, como una criatura que vuelve a la vida mediante encantamientos malignos.

—Esperábamos que tu condición ya hubiera progresado —dijo Lucinda e inclinó su cabeza ligeramente hacia la derecha mientras lo miraba—. Soñamos que corrías por el bosque cazando presas más pequeñas.

Continuó Ruby:

—Soñamos que los perros te rastreaban.

Martha se rio y dijo:

—Te acechaban como la bestia que eres y los hombres montaban tu cabeza en la pared de la ta-berna del cazador.

—Aún usas ropa, por lo que vemos, para sostener hasta el último momento los andrajos de tu humanidad, ¿cierto? —dijeron al unísono.

La Bestia no hizo nada por delatar su terror, terror no de la magia de las brujas, sino de su propia naturaleza amenazante, la cual le estaban recordando. Sostenían un espejo frente al monstruo, quien lo único que quería era escapar. Era una bestia que quería aniquilar a las brujas y a cualquiera que se atravesara en su camino. Deseaba ver sangre y huesos, probar su carne. Si les desgarraba la garganta, jamás tendría que volver a escuchar sus horripilantes y socarronas voces.

Lucinda rio.

—*Eso* es lo que ahora esperamos de ti, Bestia.

Y Martha dijo:

—Jamás cautivará el corazón de Bella, hermana, no importa cuán desesperado esté por romper el hechizo.

—A mi parecer está muy lejos de ello.

—A lo mejor si él le mostrara a Bella cómo fue su aspecto, ella sentiría compasión por él —dijo

Ruby al tiempo que una enloquecedora cacofonía de carcajadas inundaba el jardín de rosas.

—Compadecerlo, sí, pero, ¿amarlo? ¡Jamás!

La Bestia solía rechazar todos sus insultos, pero parecía que eso sólo acrecentaba su deseo de crueldad y no se atrevía a provocar su propio enojo y deseo de violencia, así que tan solo permaneció inmóvil, en espera de que su pequeña sesión de tortura llegara a su fin.

Martha habló de nuevo:

—Por si se te olvidó, Bestia, aquí van las reglas, impuestas por las hermanas: debes amarla y ese amor debe ser correspondido con un beso de amor verdadero antes de tu cumpleaños 21. Quizá ella use el espejo como tú: para mirar el mundo más allá de tu reino, pero jamás deberá conocer los detalles del hechizo o cómo puede romperse. Te darás cuenta de que ella ve el castillo y sus encantamientos de un modo distinto que tú. Los aspectos más terroríficos de la maldición están reservados para ti.

La Bestia las miró fijamente.

Martha sonrió malignamente y continuó:

—Ésta es la única ventaja que tienes. Lo único en el castillo o en tus tierras que aterrorizará a Bella es tu aspecto.

Lucinda continuó:

—¿Cuándo fue la última vez que viste tu reflejo, Bestia, o que viste la rosa?

Hubo un tiempo en que no perdía de vista a la rosa. Pero últimamente trataba de olvidarla. Pensó que esa noche las hermanas lo visitaban para informarle que el último pétalo había caído del mágico tallo. Sin embargo, sólo habían ido a burlarse de él, como siempre, a incitarlo a la violencia; no deseaban nada más que ver su alma aún más mancillada.

La socarrona voz de Lucinda lo sacó de su abstracción:

—No queda mucho tiempo...

Martha continuó:

—Casi nada, Bestia.

—Dentro de poco, el último pétalo caerá y te quedarás con esta forma y sin ninguna posibilidad de regresar a tu forma original.

—Y ese día...

—¡Bailaremos de alegría! —dijeron al unísono.

Al fin, habló la Bestia:

—¿Y qué pasará con los demás? ¿También se quedarán como son ahora: también condenados al hechizo?

Los ojos de Ruby se abrieron de par en par por la sorpresa:

—¿Te preocupan? ¿Es eso lo que detectamos?
¿No les parece extraño?

—Preocupado por sí mismo.

—Sí, por sí mismo, siempre por sí mismo,
nunca por los demás.

—¿Por qué se preocuparía por los sirvientes?
Jamás les ha prestado atención, más que para
castigarlos.

—Creo que más bien tiene miedo de lo que
ellos podrían hacerle si no rompe el hechizo.

—Tienes razón, hermana.

—A mí también me gustaría ver qué le harían.

—Sin duda sería un horripilante espectáculo.

—Y mucho nos placería ser testigos de ello.

—No olvides, Bestia, verdadero amor, mutuo,
antes de que caiga el último pétalo.

Y con esto las hermanas se dieron la vuelta con
sus botincillos puntiagudos y salieron del jardín de
rosas, el sonido de su taconeo disminuyó poco a
poco hasta que ellas se desvanecieron en una re-
pentina niebla y la Bestia no pudo escucharlas
más.

Planetao
Junior

EL RECHAZO

La Bestia suspiró y se dejó caer en una banca de piedra a la sombra de la estatua de una criatura alada. Su sombra se fusionaba con la sombra de la Bestia —el rostro de él y las alas de aquella— de manera que parecía formarse un Shedú, el mítico león alado. Hacía tanto tiempo que no veía ni su sombra que casi no sabía cómo era, y esta sombra le generó un gran interés.

Con un resplandor de luz, la sombra se desvaneció hasta desaparecer. Únicamente quedó una blanca y rígida estatua de expresión pasiva. No era ni macho ni hembra —o por lo menos él no era capaz de determinarlo— y permanecía completamente quieta con un pequeño candelabro de metal en una mano, con las velas encendidas, mientras la

otra apuntaba hacia la entrada del castillo. Parecía como si la figura de piedra le ordenara regresar al castillo, regresar a la gran boca abierta.

Tendría miedo si regresara, el castillo tarde o temprano lo devoraría.

Tomó camino de regreso y dejó la silenciosa estatua y las burlonas palabras de las hermanas en el jardín. La luz del candelabro ahora se veía diminuta, como una luciérnaga a la distancia.

La estatua también tomaría camino de regreso al castillo en su momento, mejor cuando la Bestia ya se hubiera alejado lo suficiente. Ellas nunca se movían o se le acercaban mientras él las miraba directamente; se le acercaban con sigilo sólo cuando él estaba mirando hacia cualquier otro lugar. Realmente le daba miedo saber que en cualquier momento ellas podrían abordarlo y hacer con él lo que quisieran, pero eso era parte de la maldición con la que tenía que lidiar.

Reflexionó en lo que las hermanas le dijeron y se preguntó cómo vería Bella los hechizos del castillo y cómo le parecerían los sirvientes hechizados.

Cuando se dirigía por el vestíbulo hacia el comedor, se detuvo a escuchar las lejanas voces provenientes de la habitación de Bella, pero no podía descifrar de qué se trataba la plática. Bajó con sigilo

hacia el salón para ver con quién hablaba. Fue así que escuchó a un caballero con acento francés que la invitaba a cenar. Ella cerró la puerta de golpe y rechazó la invitación:

—¡No iré! ¡No quiero hacer nada con él! ¡Es un monstruo!

¡Monstruo! Su ira lo hizo perder el control:

—Si no cena conmigo, entonces no cenará nada —gruñó y se dio la vuelta, un poco esperando ver otra de las estatuas vivientes que había ido a atormentarlo, pero la única evidencia de que alguien hubiese estado allí fue el pequeño candelabro de oro que había visto en el jardín de las rosas, ahora apagado, aunque de la mecha se desprendía un ondulante listón de humo.

—¡Piensa que soy un monstruo! —dijo enfurecido.

Sintió que su enojo aumentaba, se salía de control mientras se iba hecho una furia hacia el Ala Oeste. ¡Monstruo! Sus garras se encajaron en el barandal de madera mientras subía por la larga escalera, deseando que ésta fuera carne y sangre en vez de astillas.

¡Monstruo!

Había muy poca luz en esa parte del castillo. Casi estaba completamente oscura a no ser por la luz de la luna, que entraba a través de las raídas

cortinas rotas de su habitación. Apoyadas en la pared del fondo, había pilas de espejos de diferentes formas cubiertas con blancas telas desgastadas. Entre los espejos había retratos también; en su enojo y frustración, la Bestia había destruido algunos de ellos. Los rostros se burlaban de él, como las brujas lo hacían, lo fastidiaban con retratos de su anterior apariencia.

¡Monstruo!

No podía encender la increíblemente grande chimenea o las antorchas de las columnas: sus patas no podían manipular cosas pequeñas, como los fósforos, y los sirvientes tenían prohibido ir al Ala Oeste. Ni siquiera las hermanas habían podido ir a esa parte del castillo. La Bestia había logrado escapar a sus mofas por largos periodos de tiempo; al principio pasó casi todos los días ahí, escondido, dejando crecer su miedo en proporciones épicas, lleno de miedo del porvenir, aunque al mismo tiempo intrigado.

Así fue al principio, ¿cierto? Intrigante: las tenues diferencias en sus rasgos, las líneas alrededor de sus ojos, que atemorizaban a sus enemigos al estrecharlos. De hecho, una mirada era más útil que las palabras para infundir miedo en sus enemigos.

En aquellos días, se *miraba* en el espejo: intentaba distinguir qué tipo de actos causaban las más espeluznantes alteraciones en su aspecto... y sabía que ésta era una maldición degenerativa que no podría detener.

Parecía que las hermanas sabían de esta fijación y lo molestaban al respecto, le decían que sufriría la misma suerte que la segunda esposa de su primo si no era cuidadoso. Las hermanas siempre hablaban cosas sin sentido, siempre fragmentadas, y tenían ataques de risa tan intensos que la mayoría de las veces no sabía qué tanto parloteaban, ni siquiera estaba seguro de si ellas estarían conscientes de ello. ¿Podría ser el desorden de mentes encolerizadas? Aquí estaba él, burlado por disparatadas viejas brujas. *Él*, quien alguna vez fue Príncipe.

Alguna vez. Y ahora... ahora no podía aventurarse a salir de sus jardines o siquiera aproximarse a un extraño que, en la noche, herido y extraviado en el bosque se dirigiera hacia su castillo sin ahuyentarlo aterrorizado.

¿Qué pensó Bella de lo poco que vio de él a través de la luz de la antorcha? Pero si ya sabía, ¿no? ¡Lo llamó monstruo! ¡Que se quede con los sirvientes, entonces, que le cuenten historias de sus actos ruines! ¡Que le confirmen cuán vil y horrible era! ¡No le importaba! Después de todo, era un monstruo y

los monstruos no conocen los sentimientos, sobre todo ese sentimiento llamado *amor*.

Su ira y confusión se apaciguaron en tanto que su cabeza giraba de agotamiento. Se sentó en la cama y se preguntó qué hacer ahora. Las hermanas indicaron que la chica era su única esperanza de escapar a la maldición. ¡Mentirosas! Sólo podría enamorarla fácilmente si luciera como una vez fue: guapo, bien arreglado, algunos decían que arrogante.

Entonces conquistar a una mujer fue fácil para él. Tan solo unas cuantas poéticas palabras de amor, fingir cierto interés en lo que ella decía, quizá hasta simular ser vulnerable y la chica era suya. De hecho, con frecuencia, ni siquiera era necesario recurrir a esas tonterías; sólo en caso de que la chica fuera excesivamente hermosa, la Bestia se tomaba la molestia de intentar ganar su admiración. Por lo general, con su solo aspecto era suficiente para fascinarlas.

Pero como ahora lucía... No tenía idea de cómo acercarse a Bella. Se levantó, sentía debajo de sus patas las sábanas raídas y ásperas. Quizá *debería* permitir a los sirvientes tender la cama, limpiar las ventanas, los pisos, vivir más como ser humano que como el monstruo en que se había convertido.

Las patas le temblaban, seguía aturdido por el ataque de furia animal que sintió cuando escuchó a Bella llamarlo monstruo. Se acercó a la repisa de la chimenea, ahí guardaba el espejo encantado que las hermanas le habían dado hacía mucho tiempo. Permaneció ahí por un momento, respiró profundamente antes de mirarse. Había pasado mucho, mucho tiempo desde la última vez que había visto su reflejo. Tuvo que ver cómo sus terribles actos se habían grabado en su rostro.

Su pata descansaba sobre la sábana que cubría el marco. Luego, de un solo movimiento arrancó la sábana y la dejó caer, reveló entonces el espejo y el opaco reflejo que lo miraba fijamente.

¡Monstruo!

El único rasgo de lo que alguna vez había sido eran sus conmovedores ojos azules, desbordantes de humanidad. Aquellos no habían cambiado. Seguía siendo su mirada.

Pero en otros aspectos, se había convertido exactamente en lo que temía y, de hecho, era aún peor de lo que se había imaginado.

Sentía que el mundo se le venía encima y que sus rodillas se quebraban. Su visión se estrechó cada vez más y más hasta que se encontró en absoluta oscuridad, y su cabeza dio vueltas y vueltas hasta

su pasado, hacia cómo alguna vez fue... antes de convertirse en un monstruo, antes de convertirse en la Bestia.



EL PRÍNCIPE

Antes de la maldición, la vida había sido buena con el Príncipe.

Escuchar cómo las hermanas contaban la historia de la maldición era escuchar una historia llena de ejemplos de la terrible persona que fue, una lista de sus infamias, contada una por una, la una peor y más ruin que la anterior, hasta que las hermanas se arrojaron sobre él con su hechizo, y con ello lo transformaron en la patética bestia que yace ahora en el piso de su habitación, frente a su espejo.

Y en realidad de esta manera será contada la historia. Sólo que las hermanas con su malicia no serán quienes la cuenten primero, no hasta que el

Príncipe tenga oportunidad de hacerlo, de contar-te cuánto se divirtió.

Porque hubo un tiempo en que las cosas iban bien.

Hubo un tiempo en que el Príncipe fue un hombre joven y arrogante, orgulloso y plenamente consciente de su posición en la vida. ¿Pero qué joven príncipe no se encontraría exactamente en el mismo lugar? ¿Cómo crees que son los otros príncipes? ¿Serán solamente fascinantes hombres aventurados en busca, aquí y allá, de princesas durmientes que han de despertar con el primer beso de amor? ¿Cómo te los imaginas: guapos caballeros que matan dragones y derrotan desagradables madrastras asesinas? ¿Harán ese tipo de cosas sin la menor pizca de egoísmo o agresión? En un momento, están abriéndose camino a través de arbustos con espinas venenosas solo para encontrar del otro lado un dragón que lanza fuego y listo para matar, y un momento después están a la espera de bailar con su nueva novia con un traje de colores pastel y una tiara dorada.

Y de cualquier modo, ¿a qué venían esas tiaras? ¡Eran horribles!

A nuestro príncipe no le interesaban esas boberías románticas. Él quería otro estilo de vida y pronto se dio cuenta de que no tenía que matar un

feroz dragón para lograr que una hermosa doncella lo besara. Aunque se luciera llevando sobre sus hombros el cuerpo de un alce gigante o un peligroso oso pardo al viejo Higgins para montar en las paredes de la taberna y recibiera el justo premio del besuqueo de las jóvenes damas, y a pesar de lo peligroso que en ocasiones actos así podrían resultar, nada tenía que ver con manzanas envenenadas, enanos apestosos o estar en peligro de ser quemado vivo por una malvada hada madrina. Pero algún día tendría que cazar y coquetear con esas cosas.

La vida del Príncipe era buena; todos lo querían y alababan, y él lo sabía.

Sentado en su taberna favorita, con sus ropas llenas de tierra, suciedad y la sangre de su última víctima, no podía verse más guapo, o al menos eso era lo que él pensaba. La taberna era su lugar favorito. Tenía casi todo lo que quería en un solo lugar. Las paredes de madera estaban llenas de las bestias del bosque que cazaba. El viejo Higgins se reía y lo molestaba mientras le servía otra cerveza:

—¡Voy a tener que construir una taberna más grande, Príncipe!

Y era verdad.

La única persona que mataba tantos animales como el Príncipe era su buen amigo Gastón, quien echaba un puñado de monedas sobre la barra y

hacía que el pobre Higgins se sobresaltara antes de terminar de servir la nueva ronda de tragos:

—¡La ronda corre por mi cuenta esta noche, Higgins, en celebración del compromiso del Príncipe!

Los hombres brindaron y las taberneras rompieron en llanto, lanzaban profundos suspiros de desilusión. Parecía que Gastón disfrutaba tanto el espectáculo como el Príncipe.

—¡Es la joven más hermosa de la aldea! ¡Eres un hombre con suerte! ¡Estaría celoso de ti si no fueras mi mejor amigo!

Y así era. El Príncipe era el mejor amigo de Gastón. La Bestia muchas veces echó un vistazo a Gastón a través del espejo encantado de las brujas sólo para saber cómo le iba desde que el Príncipe «se había mudado a otro reino»; parecía que Gastón había tomado el lugar del Príncipe.

Siempre se habían parecido, Gastón y el Príncipe, y el Príncipe suponía que por eso se llevaban tan bien, o quizá sentía que era mejor tener cerca a su competencia. Pero también se preguntaba si en aquella época pensaba de esta manera.

Por lo que la Bestia podía ver a través del espejo encantado, su ventana al mundo exterior, Gastón era considerado el hombre más guapo del reino.

Las chicas se desvanecían cada vez que pasaba frente a ellas.

Había ocasiones en que la Bestia no podía evitar reírse cuando escuchaba a Gastón hablar de sí mismo sin parar, presumir su barba partida y exhibir su peludo pecho, y alardear de sus virtudes por los principales caminos del pueblo.

Sin embargo, el amigo del Príncipe tenía otro lado, una crueldad vengativa que era difícil de observar para la Bestia, porque le recordaba mucho a sí mismo, ¡pero antes de esta horrible transformación!

Sí, se parecían mucho, Gastón y el Príncipe, y eso era lo que los juntaba.

Por medio del espejo encantado, la Bestia se enteró de que Gastón estaba peligrosamente obsesionado con la hija de un pequeño inventor; ella tenía fama de ser la chica más bonita del pueblo. La Bestia nunca había visto a la chica, pero había escuchado a la gente decir que era bastante extraña. Le habría gustado poder verla bien, pero su rostro siempre estaba oculto detrás de un libro o se daba la vuelta cuando Gastón trataba de hablarle. Era muy vergonzosa la manera en que él la perseguía sin importar cuánto ella lo rechazaba. La Bestia jamás había visto a Gastón tan obsesionado con una chica. Realmente le sorprendía que se